

Palabras del Excelentísimo Señor D. Olegario González de Cardedal

INTRODUCCIÓN

Hay hombres que se juntan por la cercanía del origen, de la familia o de la cultura en las que nacieron, mientras que otros se atraen justamente por la lejanía y diferencia, tanto de los textos como de los contextos que los forjaron. El Madrid de la II República y el Cardedal de las montañas de Gredos están a muchas millas de distancia geográfica, y sobre todo son más lejanos entre sí todavía por historia, sensibilidad, realidad presente y futura. Por ello Don Antonio y un servidor apenas teníamos algo en común por origen, situación social, edad y contexto cultural. Y sin embargo, en momentos claves de la vida nos encontraríamos, siendo él guía y yo compañía, en medio de hechos intelectuales y morales, decisivos para la historia espiritual de España: Las Conversaciones católicas de Gredos, la transición política, la Universidad Pontificia de Salamanca.

Esa responsabilidad común en proyectos que nos desbordaban, remitiéndonos desde la sociedad a la iglesia, y a la iglesia desde la sociedad, nos acercaron en ilusiones, aunque nos mantuviéramos físicamente lejos el uno del otro. Nuestros encuentros físicos fueron ocasionales, pero como tenían un fondo compartido de convicciones y esperanzas, aun siendo puntuales y lejanos en el tiempo, acontecían como si nos hubiéramos seguido viendo en diaria presencia y colaboración.

En esta ocasión me limité a recordar cuatro encuentros en que fraguaron esa amistad y colaboración, a la vez que a exponer cuatro rasgos de su carácter, que han quedado para mí como exponentes de una *humanidad ejemplar*, de un *servicio civil* y de una *fe personal*, para concluir leyendo cuatro brevísimos textos que me parecen reveladores de su personalidad.

I. CUATRO LUGARES DE ENCUENTRO

1. *Roma, 1964-1972*. Son unas fechas decisivas tanto en la historia de la iglesia como en la historia de España. El día 25 de julio de 1964, fiesta de Santiago Apóstol, patrón de España, yo concluía mi doctorado en teología en la Universidad de Munich, a la vez que quien luego sería arzobispo de aquella ciudad y presidente de la Conferencia Episcopal Española, nuestro colega el hoy Cardenal Antonio Rouco Varela, arzobispo de Madrid. A primeros de octubre llegaba a Roma para participar en las sesiones del Concilio. Pude vivir desde dentro del aula de San Pedro la tercera sesión entera. Mientras viva perdurarán en mi memoria aquellas voces e intervenciones matutinas, colores y testimonios, rostros episcopales e intervenciones vespertinas de los teólogos. Ese mismo año llegaba Don Antonio como embajador ante la Santa Sede después de haber ejercido el mismo cargo en Washington. Estados Unidos y la Santa Sede eran en ese momento los dos foros decisivos para la afirmación de España ante la conciencia y política internacional. Los dos carros tuvieron un mismo eje que los hizo rodar: el embajador Garrigues.

Si la política le gustaba, la teología le entusiasmaba al embajador, que con motivo del Concilio, de los Sínodos mundiales de los Obispos y de las reuniones de la Comisión Teológica Internacional gustaba invitar a la embajada a teólogos, obispos y personalidades de la cultura, principalmente españoles, pero no sólo. Allí como anfitrión moderaba, halagando y provocando, preguntando y respondiendo. Allí pulsaba él opiniones y esperanzas de las personalidades responsables del porvenir inmediato de España. A él le estaba reservado un papel central con la revisión del Concordato de 1953. Largas preparaciones, conversaciones y rodeos llevaron a la firma de los Acuerdos, cuando él ya había dejado la política activa. La vieja fórmula del Concordato cedía el paso a una modificación: los Acuerdos, que llevaría finalmente a buen puerto un sucesor suyo en las negociaciones, el Ministro de Asuntos Exteriores, nuestro colega Don Marcelino Oreja Aguirre.

2. *Gredos, 1950-1970*. Allí tuvieron lugar las Conversaciones de intelectuales católicos durante más de veinte años, animadas espiritualmente por Don Alfonso Querejazu Urriolagoitia y el padre Ramón Ceñal S.J. De ambos era amigo, confidente, colaborador teórico y coadjutor práctico, Don Antonio. Estas conversa-

ciones prolongaban en el interior de España lo que habían sido las Conversaciones Católicas de San Sebastián, animadas por Carlos Santamaría, que hicieron de esa ciudad lugar de encuentro y punto de comunicación entre pensadores españoles y extranjeros, entre teólogos como Congar O.P., Dubarle, O.P., G. Thils y jóvenes españoles, que comenzaban a oír lo que la teología europea estaba gestando después de la gran guerra. Allí estaban de jóvenes seminaristas J. Ignacio Tellechea y Gustavo Gutiérrez entre otros. Las Conversaciones de Gredos heredaron aquel espíritu de diálogo y lo prolongaron en la dirección de un arraigo espiritual, que implicaba a la vez oración y liturgia, que excluía la política, e invitaba a poner distancias a la vez que a crear cercanías. Cuando en 1974 muere el alma y animador de las Conversaciones, Don Antonio y un servidor preparamos para la imprenta el volumen de textos, recuerdos y testimonios, que se publicaría años más tarde con el título: *Alfonso Querejazu. Conversaciones católicas de Gredos* (Madrid, BAC minor 1977). De ellas he hablado con más detenimiento en el volumen dedicado a Don Alfonso Querejazu y a Don Joaquín Garrigues, hermano de Don Antonio: *Correspondencia y Escritos 1954-1974* (Madrid, Trotta, 2000).

3. *Colombia: Medellín, septiembre de 1973.* Juntos participamos en un Congreso que el dueño de los grandes almacenes Arbelaez organizó en una estancia cercana a Medellín, para reunir ideas e incitar proyectos, algo así como habían sido las reuniones de Aspeen en Estados Unidos. No he podido recordar quién me invitó. Allí estábamos una quincena de personas de distintas nacionalidades pensando en alto y en sereno, cuando en bajo y en violento estaba ardiendo el continente sudamericano. Eran los años de la guerrilla, del intento cubano de extender la revolución a todo el cono Sur, de los regímenes militares, de los inicios de la teología de la liberación, del marxismo como la gran esperanza de transformación revolucionaria de la realidad. Al terminar el Congreso yo me venía a España. Don Antonio me dijo que no lo podía hacer; que una vez que estaba allí tenía que recorrer América del Sur. Al exponerle que no tenía ni pasaporte ni dinero, porque aquél expiraba en los próximos ocho días, y éste no me llegaba nada más que para cinco, él con su grandeza de alma e interior poderío, me sonrió diciendo que al día siguiente cenaríamos con el embajador Fernando Olivier, quien me daría un pasaporte nuevo, y por su parte me puso 100 dólares en la mano. Con ellos y cuatro listas de direcciones (diplomáticos españoles, teólogos amigos de la Comisión Teológica internacional, instituciones oficiales de la iglesia, misioneros y religiosas españolas allí) salí desde Cartagena y Barranquilla pasando por Medellín, Bogotá, Quito, Lima, Santiago de Chile, Buenos Aires, São Paulo y Río de Janeiro, camino de España. El golpe de Estado en Chile no me dejó atrapado porque el nuncio de la Santa Sede, el español Mons. Sotero Sanz me sacó al aeropuerto, en un momento en que ya no había transporte público ni gasolina para el transporte privado;

sólo el personal diplomático podía moverse ya. En Buenos Aires oí al P. Arrupe, la única vez que le vi en persona y oí directamente. Y me volví con la impresión cruenta de un hemisferio en llamas de dolores y esperanzas, de utopías y miserias, de un futuro insospechable, donde todo era posible. Todo ello gracias a la generosidad y ánimo de Don Antonio.

4. *Salamanca, 1974-1984.* La Universidad Pontificia de Salamanca había vivido en los años del posconcilio una revolución y una refundición, como consecuencias de una diástasis cuando no choque entre la forma tradicional de enseñar y los dinamismos generados por el Concilio Vaticano II. En los años 1968-1970 tuvo lugar una quiebra en la vida interna de la Casa. En un otoño se interrumpieron las clases y fue necesario el envío de un visitador apostólico, el posterior cardenal español Mons. Antonio María Javierre. Restaurada la docencia después de navidad se crearon nuevos órganos de gobierno y se pusieron en marcha nuevos proyectos. De ahí surgió un nuevo Canciller: Don Maximino Romero de Lemá, obispo de Ávila; un nuevo Rector, Fernando Sebastián Aguilar; un nuevo vicerrector, Antonio María Rouco Varela; un nuevo decano de la Facultad de Teología, Olegario González de Cardedal. En ese contexto se crea un patronato de la Universidad. Su primer presidente es Don Antonio, quien se mantiene fiel a esta tarea hasta el año 1984, durante once años de esfuerzos, ensueños y dificultades. En esa fecha le sucede el sobrino de Don Ángel Herrera, Don Juan Herrera hasta el año 2003, en que asume el timón de esa empresa universitaria Don José Lladó Fernández Urrutia. A esta tarea de apoyo a instituciones católicas hay que añadir su presidencia del Patronato de la Fundación universitaria española (1990).

II. CUATRO RASGOS DE SU CARÁCTER

Si junto a estos cuatro lugares de encuentro y colaboración, yo tuviera ahora que sintetizar los rasgos de su carácter, propondría los cuatro siguientes como exponentes de su hombría.

1. *Magnanimidad.* Desde el capítulo que le dedica Aristóteles en su *Ética a Nicómaco* esta virtud ha sido una característica de los que llamamos grandes hombres de nuestra historia. Hay grandes de España, pero sobre todo hay grandes de alma, de corazón ancho, de espíritu dilatado de mirada extendida y extensa. Él poseía en alta medida esa difícil suma de cercanía y distancia a las personas que M. Weber designó como *Augenmass*, literalmente medida del ojo, y desde ahí, la capacidad de calcular distancias, y de asumir la actitud proporcional a la realidad respectiva. ¿Qué caracteriza a un hombre magnánimo? Ante todo el conocimiento de los hechos, de la vida, de la condición humana. Un conocimiento no científico,

de libro o de biblioteca sino aquél otro saber derivado del vivir y del observar, del compartir y del atenerse a lo posible, de conjugar ilusiones absolutas y de acoger sin reservas las realidades de la vida, soportándolas y superándolas. Un conocimiento que es sabiduría y compasión, atenuamiento fiel y extensión ante lo Absoluto. Grandeza de alma implica también aceptación del prójimo, desde lo que es hacia lo que puede ser, desde sus límites actuales hasta sus lejanas fronteras pendientes. Aceptación que no es halago fácil y menos adulación o alabanza de lo imposible, prohibido o sucio. Es aceptar al otro como persona, más allá y más acá de sus atributos, afirmando incondicionalmente aquélla y juzgando en concreto y con realismo éstos. La magnanimidad implica también atrevimiento de lo posible, aun cuando a la luz de lo presente parezca inalcanzable. Quien no intenta lo imposible no llegará a realizar todo lo que es realmente posible, porque esto sólo se discierne a la luz de aquéllo. Finalmente magnanimidad dice distancia y cercanía a los demás. Sólo quien mantiene el secreto personal, como el nombre propio que Dios le ha dado a él y que sólo él sabe, sólo éste puede restaurar una comunicación en pudor y dignidad, en generosidad e interés. Esa distancia objetiva crea la capacidad de una cercanía personal, que es algo más que apetito, uso, aprovechamiento o halago fácil del prójimo. Don Antonio era así un hombre magnánimo.

2. *Humildad*. Algún lector quizá se quede sorprendido al leer esta palabra después de la anterior. ¿Son compatibles la magnanimidad y la humildad? El gran amigo común Don Alfonso Querejazu nos había hecho leer una espléndida monografía sobre esta cuestión: R. A. Gauthier, *Magnanimité. L'Idéal de la grandeur dans la philosophie païenne et dans la théologie chrétienne* (París, 1951). Y al propio Don Alfonso le habíamos oído repetir esta afirmación: «La humildad es virtud de arranque». Arrancarse hacia algo es voluntad de conquista, empeño por lo bello y santo, por lo que se nos exige y que nos extiende más allá de nuestras diarias minucias y engaños. Para el evangelio la perfección es un imperativo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». Si Mateo pone la perfección en el centro del imperativo de Jesús, San Lucas modula la afirmación así: «Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso». Y junto a esta dimensión de arranque, la de modestia en medio del saber, del tener y del poder. Nunca era ostentativo de nada frente a nadie. Su protagonismo estaba en los segundos planos de apariencia, aun cuando fueran los primeros planos de realidad.

3. *Humor*. ¿Cuándo llega el hombre a su verdad: en el aferramiento angustiado a sí mismo o en el despegue de su diario quehacer, de su problemático tener hasta llegar a saltar sobre sí mismo? El humor es exponente de aquella seriedad con las cosas, que no las trivializa ni absolutiza, que no absolutiza ni trivializa al propio sujeto. En el humor salta el hombre sobre su propia sombra. Los hechos reclaman del hombre atención y atenuamiento, pero no pueden esperar de él que a

sí mismo se relativice a ellos hasta el punto de no salvar aquella trascendencia, que la libertad, la inteligencia y el amor confieren al espíritu humano, para saberse siempre mayor en medio de todo. Del humor se pasa a la ironía, con su frágil y difícil ejercicio, porque es capaz de salvar lo mejor oculto pero también es capaz de quemar lo que apunta y florece. En el humor y la ironía el hombre es capaz de reírse de sí mismo y exponerse al juego y a la sonrisa de los demás. Don Antonio a veces llevaba tan al límite esta dimensión que se tornaba ininteligible y uno no era capaz de discernir dónde acababa la broma y dónde comenzaba la seriedad, desembozando a veces en situaciones embarazosas o violentas. Era aquel rasgo, común a los Garrigues, de un dandismo, donde la gracia y la pedantería se rozan y se entrecruzan, salvándose unas veces ambas y otras hundiéndose ambas.

4. *Fe.* Don Antonio era un hombre de fe, sin más adjetivos ni adverbios. La conversión de su joven esposa leyendo a Santa Teresa, en un contexto prácticamente idéntico al de la conversión de Edith Stein, le llevó a él a la recuperación personal, madurada de su propia fe originaria, pasando de la conveniencia fácil a la conciencia honda, a la actitud responsable, a la seriedad espiritual. No es fácil decir quién es y cómo es un hombre de fe, porque junto a los elementos objetivos, comunes y permanentes que vienen dados por la Sagrada Escritura, el Credo de los apóstoles y la comunión eclesial, cuentan aquellas dimensiones personales, en las que Dios y el hombre se encuentran, se reconocen y se constituyen en reciprocidad. Sin explicarlas yo pondría varias palabras que traducen algo de lo que la fe contiene o exige: conciencia y consentimiento; palabra coherente y acciones correspondientes; historia personal y responsabilidad social; la persona como un absoluto y la absoluta responsabilidad con la iglesia de la que se es miembro; vida interior y acción social. Exponer cómo todo esto determinó la vida de Don Antonio, en su real grandeza a la vez que en sus desfallecimientos, equivaldría a escribir una biografía.

En los últimos años de su vida sintió la necesidad de un testimonio público de su fe a la vez que de una nutrición diaria de la Palabra de Dios. Por eso leía todos los días la Biblia, al final casi sólo eso. Esa voluntad de fe no siempre encontró la correspondiente información exegética y fundamentación dogmática, llevándole a alguna postura excesiva como fueron sus intervenciones en la Academia contra el evolucionismo. No acababa de percibir que el Génesis hace una afirmación del orden metafísico (creación, paso al ser), mientras que la teoría evolucionista se refiere al modo de llegar a ser forma actual del ser. Don Antonio fue muy creyente y nada beato; muy eclesial y nada clerical. Hombre de concordia y lejano a toda extremosidad. Nadie espere de él la radicalidad agria de las grandes rupturas o escisiones. No quiso apagar ninguna mecha humeante ni quebrar del todo ninguna caña cascada.

III. CUATRO TEXTOS SIGNIFICATIVOS

Como complemento a esta descripción de los rasgos fundamentales de su vida y referidos sólo a esos cuatro momentos enumerados, me permito remitir a cuatro textos que me parecen reveladores. Dejo a otros colegas académicos exponer la obra literaria de Don Alfonso. Antonio, que va desde el texto jurídico y el informe diplomático a la obra creadora en prosa y poesía. El primer texto sería el relato de la conversión de su esposa Helen Anne Walker (1932), que se encuentra en su libro *Diálogos conmigo mismo* (Barcelona, 1978, pág. 16). El segundo es su descripción del que consideró el día más feliz de su estancia en Roma como embajador: la proclamación de Santa Teresa como doctora de la Iglesia (*id.*, pág. 115). El tercero, que invito a leerle completo, es su profesión de fe que concluye con estas palabras: «Esta es la esencia del cristianismo: el gran misterio de un Dios crucificado por amor a los hombres. Esta es mi fe y en ese don maravilloso residen mi humildad y mi orgullo. Si en una pieza autobiográfica faltase una profesión de fe, faltaría todo» (*id.*, pág. 213). Como cuarta serie de textos reveladores del Don Antonio interior, más allá de aquella máscara que a veces se superponía entre la broma y la ironía para desesperación de quienes no adivinábamos del todo hacia dónde nos quería llevar, citaremos dos prólogos que en el fondo dan su autorretrato, hablando de los demás. Uno es la «Nota preliminar» que escribió para el libro ya citado de: *Alfonso Querejazu. Conversaciones católicas de Gredos*, IX-XII. El otro es el prólogo al primer tomo de la edición de las *Obras Completas de Fray Luis de Granada*, preparada por el P. Álvaro Huerga, en la Fundación Universitaria Española, de cuyo patronato, desde 1982, él era presidente (Madrid, 1994, págs. 7-10), en el que, hablando del gran dominico nos deja sentir, como su anhelo y esperanza, lo que la fidelidad, grandeza de alma y santidad cristiana pueden significar para la vida humana, al dilatarla hasta el Infinito, que se nos ha ofrecido como Amor y Plenitud.

